

ejecucion de Potamiana. Movido este soldado por la belleza de su víctima, que realzaban á sus ojos un valor sobrenatural y una gracia celestial, concibió una estimacion grande de ella; él la defendió de los insultos del populacho, él tuvo con ella las mayores consideraciones, él la introdujo en la caldera de pez ardiendo poco á poco y con todas las precauciones que ella habia reclamado para su pudor, él la tocaba con respeto como á una cosa sagrada, él temblaba de espanto y lloraba de compasion. Movida tambien Potamiana al ver tanta dulzura y tanta honestidad en un hombre semejante, no pensando en este momento supremo en su horrible suplicio, sólo se ocupaba en la salvacion de su verdugo. «Ten ánimo, Basíldes, le dijo: yo te prometo que en llegando al paraíso me acordaré de tí, que pediré gracia por tí al Señor, y que tú experimentarás los efectos de mi reconocimiento.» Ella le habló, y las oraciones de los mártires son muy eficaces. Tres horas despues se declaró Basíldes públicamente cristiano, y fué puesto en prision. Los fieles iban á visitarle, y él les decia: «Dadme pronto el sello del Señor (el bautismo), porque Potamiana se me ha aparecido de noche y me ha puesto una corona en la cabeza diciéndome: —Yo he alcanzado del Señor la gracia que le pedí para tí, y vas á ser recibido en la gloria.» Lo bautizan en efecto, y habiendo sido degollado al dia siguiente por orden del prefecto, fué á unirse en el cielo á su poderosa intercesora.

Basíldes no fué la única conversion que Potamiana hizo á la fe de su celestial Esposo al morir por Él. Otros muchos, movidos por el espectáculo de un sacrificio tan heroico y tan puro, ó atraídos por ella, que se les apareció entre sueños, se convirtieron y la siguieron en el camino del martirio. (Euseb., *Histor.*, lib. VII, c. v.) ¿Dónde se encontrarán, fuera de la historia de la Iglesia, unos hechos más patéticos, más honrosos para la humanidad, más gloriosos para la religion, y en los que la mujer aparezca más grande?

§ XVII, 2.º—Por qué ha querido Dios que la mujer penitente confiese á Jesucristo con el mismo mérito y la misma gloria que la mujer inocente.—Magnificencia del martirio de Santa Afra, ántes pagana y prostituta, y convertida por San Narciso al Cristianismo y á la santidad.—Ella convirtió á su madre, que habia sido su maestra, como tambien á las jóvenes que habian sido sus compañeras de libertinaje.—Admirable sabiduría y humildad de su lengüete al tirano.—Gloria de su martirio, de la que participó su madre y sus compañeras.—Su admirable plegaria ántes de espirar.—Su muerte preciosa, comparada con la muerte de los pretendidos héroes del paganismo.

No sólo todas las edades y todas las condiciones, sino tambien todos los estados del alma, han suministrado magníficos ejemplos de la grandeza de la mujer católica confesando á Jesucristo. Para que no se creyese que la gloria del martirio era la herencia exclusiva de una vida siempre pura, y la lubricidad arrepentida no desesperase de participar de la misma gloria, dispuso Dios que la confesion de la fe saliese de los labios de los verdaderos penitentes tan pura, tan bella y tan agradable á sus ojos como la que salia de los labios de las personas que jamas habian contraído la mancha del pecado. Cuando se ha tratado del acto supremo de confesar á Jesucristo, de sacrificarle la vida y de tributarle este homenaje, él más grande y el más perfecto que la miseria del hombre puede tributar á la majestad de Dios en presencia de los tormentos y de la muerte, la mujer penitente se ha expresado con la misma firmeza y con la misma constancia que la mujer inocente. Las dos han sido lo que debian ser: admirables y sublimes; las dos han revelado un fondo de sabiduría puramente divina, que la sabiduría puramente humana, léjos de haber podido conseguir, jamas lo ha logrado; las dos han dado á conocer ese tacto exquisito, esos pensamientos tan justos, esos sentimientos tan nobles, ese lenguaje tan elevado, que la gracia del Cristianismo inspira al alma que ella ha penetrado. Oigamos, pues, por todas las mujeres penitentes mártires, á Santa Afra, en otro tiempo rica señora, aunque descarada prostituta, despues gloriosa mártir, bajo el imperio de Diocleciano, en la ciudad de Augusta, en la Retia (hoy Augsburgo, en Baviera). Su lenguaje, no por ser el lenguaje de la más profunda humildad, deja de ser el lenguaje de la confianza y del amor. En él se ven

los encantos del amor penitente reemplazando á los encantos del amor inocente; pero tan admirables los unos como los otros, por que son, segun San Pablo, el prodigio del mismo espíritu de Dios, que los produce y se manifiesta en ellos: *Unus autem spiritus, qui operatur.*

Antes de oír el lenguaje de su fe y de su arrepentimiento, nos detendremos un instante en referir las circunstancias que precedieron á su conversion, y que las *Actas de los mártires* nos han conservado. San Narciso fué quien la convirtió. Habiendo ido á Augsburgo este santo obispo, á quien la persecucion que habia entonces en las Gaulas habia hecho emigrar, en compañía de su diácono Félix, entró en casa de la mujer Afra, sin saber que era una prostituta.

Afra, por su parte, no sabiendo que Narciso era un obispo cristiano, creyó que iba con las mismas intenciones que otros muchos, y le hizo preparar la comida; pero habiendo comenzado San Narciso á recitar algunos salmos y oraciones ántes de sentarse á la mesa, Afra, que jamas habia visto una casa semejante, se llenó de admiracion; y habiéndole preguntado, y sabido quién era, con un sentimiento de humildad se postró á sus piés, diciéndole: «Señor, yo no soy digna de que permanezcais en mi casa, yo soy una mujer perdida, y no hay otra más miserable que yo en toda la ciudad.» El obispo respondió: «Habiéndose postrado una mujer impura á los piés del Salvador del mundo, alcanzó el perdon y fué purificada; mujer, lo mismo te sucederá á tí, si quieres. Tú no necesitas más que recibir la luz de la fe de ese Salvador divino para ser purificada de todos tus pecados.» «¿Cómo?—dijo Afra.—¿Yo, que he cometido más pecados que cabellos tengo en la cabeza, puedo ser purificada de tantas manchas?» «No necesitas más que creer—replicó Narciso,—recibe el bautismo y te salvarás.» Alegre Afra con esta promesa y con esta esperanza, llamó á las tres jóvenes que la servian, y que eran sus auxiliares y sus cómplices en el desorden, y les dijo: «¿Veis este hombre que ha venido á nuestra casa? Pues éste es un obispo de los cristianos, y me ha dicho que, si creo en Jesucristo y recibo el bautismo, podré ser purificada de todos mis pecados. ¿Qué decís vosotras? ¿Queréis seguirme en este nuevo camino?» «Vos sois nuestra maestra—le respondieron ellas—nosotras os hemos seguido en el camino del mal, y ¿cómo no os ha-

biamos de seguir en el camino del bien para participar de vuestro perdon?» Se pusieron en oracion, y pasaron orando toda la noche. El obispo y su diácono cantaban salmos, y Afra y sus compañeras, arrodilladas y postradas detrás de ellos, respondian *Amen*.

Al apuntar el dia vinieron á prender á los dos extranjeros. Afra los ocultó, y burló á los enviados del Gobierno. Ellos le dijeron: «Nosotros sabemos que los dos huéspedes que recibiste anoche son cristianos; nosotros los conocemos en que á cada momento hacian sobre su frente la señal de la cruz, que es el signo de los cristianos.» «Y ¿podeis vosotros creer—les dijo Afra—que unos hombres cristianos habian de entrar en casa de una prostituta? Semejantes personas, que no se parecen á mí, no vienen á mi casa.» Una de las pruebas de una verdadera conversion es el celo por convertir á otros. Afra se habia convertido verdaderamente; vedla, pues, apresurándose á hacer participante á su madre de la misma felicidad. Ella sale en su busca, le refiere lo que le habia sucedido, le declara que va á hacerse cristiana y á recibir el perdon de todos sus pecados; y la madre, movida tambien por la gracia, recibe esta comunicacion con alegría, y exclama: «Quiera Dios que me suceda á mí lo mismo.» El obispo va tambien á verla; ella lo recibe con las señales de la más profunda veneracion, y le dice: «Mis padres, oriundos de Chipre, trajeron aquí el culto de Vénus, á quien yo he consagrado mi hija. Como esta diosa no puede ser honrada sino por la prostitucion, he dado á mi hija ese género de vida, persuadida de que la diosa le seria tanto más favorable cuanto más procurase mi hija imitarla.» El obispo no puede contenerse sin derramar lágrimas de compasion y de tristeza. Afra no se contenta con haber trabajado en la conversion de su madre y de todos sus domésticos: ella lleva á todos sus parientes y amigos á los piés del santo obispo. San Narciso les prescribe á todos ellos muchos dias de ayuno, y despues de haberlos instruido bien, los bautiza; de modo que aquella casa de prostitucion se convirtió en un templo, y aquel enjambre de prostitutas en una cristiandad ferviente, todo por la docilidad y el celo de una mujer, que de este modo se hizo el apóstol de su patria, despues de haber sido el escándalo de ella.

Habiéndose extendido en este tiempo la persecucion á Augsburgo, Afra, que se habia comprometido por su celo á ayudar á los confesores de la fe á evadirse de las pesquisas de los perseguidores,

fué presa la primera, y presentada en presencia del magistrado. Entonces fué cuando ella habló con ese sublime y admirable lenguaje de la fe y del arrepentimiento que sólo el Cristianismo inspira; porque ved aquí su interrogatorio ante Cayo, el vil satélite de la crueldad del Emperador, en vez de ser, como magistrado, el órgano de su justicia.

«CAYO. Mujer, yo sé quien tú eres. Vé, pues, al Capitolio, y sacrifica á los dioses; porque te aseguro que es mejor para tí vivir que morir en medio de los tormentos.

»AFRA. Yo he cometido demasiados pecados antes de conocer al verdadero Dios y la verdadera religion. Al presente me guardaré bien de cometer otros; y por consiguiente, no haré lo que me mandais. Mi Capitolio es el cielo, donde está Jesucristo, á quien siempre tengo á la vista y á quien confieso todos los dias mis pecados. ¡Ah, yo sé muy bien que soy indigna de amarle! Y no pudiendo amarle como Él merece, quiero al ménos sacrificarme por Él. Tú me amenazas con los tormentos. ¡Ah!, dichosos tormentos, que purificarán mi cuerpo, con el que tanto he pecado!

»CAYO. Pero tú eres una mujer pública, y por consiguiente, nada tienes que ver con el Dios de los cristianos.

»AFRA. Es verdad que lo he sido; pero por la misericordia de Dios no lo soy ya. Mi divino Señor y Salvador Jesucristo dijo que Él habia descendido del cielo en busca de los pecadores. Su Evangelio nos enseña que, habiéndose arrojado un dia á sus piés una mujer de malas costumbres, y habiéndolos regado con sus lágrimas, recibió el perdon. El mismo Evangelio nos enseña tambien que jamas ha desechado Él á mujeres tan culpables como yo, y tan arrepentidas como yo, sino que las ha acogido benignamente, y que lo mismo hizo con los publicanos, á quienes permitió que comiesen con Él.

»CAYO. ¿Quieres tú acaso renunciar para siempre á tus amantes, y á las riquezas y á los favores que ellos te prodigaban, y que te prodigarian aún?

»AFRA. ¡Ay! No me habéis de esas riquezas detestables que no apetezco ya. Yo he arrojado, como inmundicia, todo cuanto me restaba de ellas; ellas pesaban sobre mi conciencia como un remordimiento. Mis hermanos, los pobres, tampoco las querian, y sólo á fuerza de súplicas he conseguido que las acepten, para que ellos

me alcancen á mi con sus oraciones el perdon de mis pecados.

»CAYO. Afra, déjate de gazmoñerías. Yo sé que Jesucristo no te quiere; es en vano que le invoques por tu Dios. Una ramera no puede ser del número de sus discípulos ni de sus adoradores.

»AFRA. Es verdad que no soy digna de seguirle ni de llamarme cristiana; pero ese Dios de bondad, que atiende más á su misericordia que á los méritos del hombre, ha querido admitirme en el número de los que se honran con ese nombre.

»CAYO. ¿Cómo lo sabes tú?

»AFRA. Lo sé porque me permite que venga á confesarle públicamente en vuestra presencia. Supuesto que Él me dispensa un honor tan grande, es indudable que no me ha desechado, y que aceptará el sacrificio de mi vida en expiacion de mis culpas, y me las perdonará.

»CAYO. Esos son delirios de tu imaginacion extraviada. Sacrifica á los dioses, que son los únicos que podrán salvarte.

»AFRA. Mi Salvador es Jesucristo. Él, que reina en el cielo, me concederá á mi, que le confieso, el paraíso que, estando en la cruz, prometió al ladron que le confesaba.

»CAYO. Ya estoy cansado, ya estoy avergonzado de disputar contigo. Sacrifica al momento, ó te cubriré de confusion y te haré azotar y morir en presencia de tus amantes.

»AFRA. No hay ni puede haber para mí más motivo de confusion que mis pecados. La muerte por tan hermosa causa no la temo, por mejor decir, la deseo; y si Dios me la concede, encontraré en ella el reposo de mi alma.

»CAYO. Pero no se trata de sufrir una muerte cualquiera; tú vas á ser atormentada y quemada viva si no sacrificas á los ídolos.

»AFRA. Que este cuerpo, instrumento de mis desórdenes, sufra toda clase de tormentos me importa poco; pero no mancharé mi alma sacrificando á los demonios.»

¡Qué lenguaje, qué humildad, qué dulzura, qué conocimiento del verdadero espíritu del Cristianismo, qué sentimientos tan dignos y tan cristianos! ¡En el lugar de esta mujer, el más grande teólogo no hubiera podido expresarse con mayor exactitud ni de una manera más conforme á las doctrinas del Evangelio! Esta es una nueva prueba del oráculo de Jesucristo, que dice: «Cuando seais presentados por mi causa ante los gobernadores y los reyes para dar

testimonio de Mí, se os dirá en el momento lo que debéis decir, porque entónces no sois vosotros los que habláis, sino el espíritu de vuestro Padre, que habla en vosotros.» (Matth., x.)

Este espíritu de Dios, este maestro, este doctor interior de las almas no falta á su humilde sierva en sus últimos momentos. Condenada á ser quemada viva, la despojan de sus vestiduras y la atan á un poste. Entónces Afra, dichosa con sus tormentos, y detestando sus pecados hasta el fin, exclamó llorosa: «Señor, Dios omnipotente; Jesucristo, que vinisteis á llamar, no á los justos, sino á los pecadores, á la penitencia, y que prometisteis con vuestras palabras infalibles que en cualquier momento en que el pecador se convirtiese le perdonaríais sus pecados, recibid en este momento la satisfacción que os ofrezco por los míos en estos tormentos; y por este fuego temporal que va á consumir mi cuerpo, libradme del fuego que quema el alma y el cuerpo por toda la eternidad.» Ponen fuego á los sarmientos que habían amontonado al rededor de ella; la llama la cubre por todas partes, y elevándose hácia el cielo, lleva á él esta bella plegaria de la víctima á quien devora: «Os doy gracias, Señor Jesucristo, por el honor que me concedéis recibíendome como víctima por la gloria de vuestro nombre. Yo uno mi sacrificio al que Vos ofrecisteis en la cruz, muriendo víctima única por el mundo entero, justo, por los injustos; libre de todo pecado, por los pecadores. Yo os ofrezco este sacrificio á Vos, mi Dios, que reináis con el Padre y el Espíritu Santo, en los siglos, *Amen.*» Al pronunciar estas palabras espiró. (*Ruinart et Act. Sanct.*, 5, Aug.) (1).

¡Oh muerte verdaderamente preciosa á los ojos de Dios y admirable á los ojos de los hombres! Que se comparen estas muertes de los heroes del Cristianismo con las muertes de los pretendidos heroes del paganismo, con la muerte de Sócrates y Platon. ¡Qué dife-

(1) Santa Afra no entró sola en el cielo; su madre Hilaria, y sus siervas Digna, Eumenia y Euprepia la siguieron. Apénas los verdugos de Santa Afra se alejaron del lugar donde la habían inmolado, cuando estas santas mujeres se dirigieron á él, acompañadas de sacerdotes, para recoger los preciosos restos. Ellas encontraron enteró el cuerpo de la mártir en medio de las cenizas, y lo trasladaron á un magnífico mausoleo que Hilaria había hecho construir para sí y para su familia. Todavía se encontraban junto al sepulcro, cuando los soldados de Cayo, ante quien se las había acusado, fueron á sorprenderlas y á intimarles que sacrificasen á los dioses, bajo pena de ser quemadas vivas también en el mismo lugar. Esta intimación fué recibida, como debía serlo,

rencia tan grande se encuentra entre unas y otras! Allí se veía el orgullo inmolándose á la desesperacion para perderse en ella, y aquí se ve la modestia y la humildad echándose en brazos de la esperanza para reposar en ella. Allí las últimas palabras no eran otra cosa más que blasfemias ó el soplo del odio; y aquí las últimas palabras son una oracion, un sacrificio ó el perfume del amor de Dios y del hombre. Allí se veía el sublime de todos los vicios, y aquí se ve el sublime de todas las virtudes. Así, pues, aquellas muertes no eran otra cosa que sombríos y horribles espectáculos, sin otro resultado que el de embrutecer al hombre cada vez más, haciéndole idólatra de sí mismo; miéntras que estas muertes son unas escenas patéticas que derraman el consuelo en los corazones, y cuyo resultado es el de elevar al hombre sobre sí mismo, separándole de sí mismo, y uniéndole á Dios. ¡Oh gloria de la religion del Evangelio, que sale tan noble, tan pura y tan fecunda de la confesion de una mujer!

§ XVIII.—Grandes y numerosas conversiones que siguieron al martirio de las mujeres.—Imposibilidad de atribuir á causas puramente humanas el prodigio de su constancia en la confesion de la fe.—Circunstancias especiales de sus martirios, y profunda impresion que hacian en el espíritu de los pueblos.—Parece que Dios había escogido la mujer mártir para dar á conocer la divinidad del Cristianismo con las obras, miéntras que los predicadores la daban á conocer con las palabras.—Cualidades sublimes de las mujeres mártires.—Cómo ha sufrido el martirio la mujer.—Jesucristo triunfante por el martirio de la mujer.—Los países idólatras purificados con su sangre.

Ved aquí lo que ha sucedido siempre de resultas de la confesion de la fe hecha por las mujeres mártires de la fe.

con desprecio por unas mujeres cristianas que acababan de tomar nuevas fuerzas y nuevo valor para confesar á Jesucristo en el espectáculo del martirio de Santa Afra, cuyo venerado cuerpo tenían á la vista. Cierran, pues, el sepulcro, dejándolas á ellas dentro, despues de haberlo llenado de sarmientos y de ramas secas, á las cuales prendieron fuego, retirándose en seguida. Así estas nobles compañeras de Santa Afra sufrieron el mismo día el mismo martirio, y se encontraron unidas en la misma gloria en el cielo, como sus cuerpos se encontraron sepultados en la misma tumba en la tierra; y Jesucristo recibió en un día cuatro testigos de la virtud y de la verdad de su religion. (*Ruinart et Act.*, 1.)